

LA TRANSMISIÓN DE LOS VALORES.

Los niños aprenden las actitudes y los valores de todo lo que les rodea, los imitan. Aunque algunos conocimientos se les pueden quedar grabados si se les repiten constantemente (los entiendan o no), no asimilarán los valores si no se logran despertar en ellos. Por que un esquema de comportamiento no existe si no se practica. Es como el señor que va a misa de 12 todos los domingos, pero luego no quiere que sus hijos tengan amigos de clase humilde o que se relacionen con hijos de emigrantes. Es decir, para que los niños hagan suyos los valores, los padres han de predicar con el ejemplo y no sólo con la palabra.



Lo primero que habría que hacer es definir de qué valores estamos hablando, así como dejar clara la necesidad de que exista un estrecho contacto entre los padres y el colegio para que lo que se enseñe tenga realmente efecto y el niño lo reciba con coherencia. En la educación en valores que se imparte en los colegios se procura incluir de forma tanto explícita como implícita, por un lado, valores morales (como justicia, paz e igualdad) y, por otro, de conducta (como los relacionados con la salud y el respeto al medio ambiente).

Es llamativa la disminución de la relevancia que se otorga a transmitir el valor de trabajar duro. Carmen Valdivia, catedrática de psicopedagogía de la Universidad de Deusto, dice sobre esto: “Es preocupante y viene a coincidir con las apreciaciones que hacen muchos centros educativos con relación al poco esfuerzo y falta de interés en el trabajo escolar que se manifiesta hoy en muchos alumnos y en la observación generalizada de que hoy el niño consigue fácilmente lo que le interesa”.

Luis Ruiz del Árbol, director del Centro de Actividades Pedagógicas de la Fundación Tomillo, una organización especializada en la educación en zonas socialmente desfavorecidas, matiza: “Cuando se acusa a los jóvenes de que han perdido el valor del esfuerzo se debería tener en cuenta la economía basura en la que vivimos actualmente. Ves a chicos con un buen currículum, que han hecho una carrera universitaria o han estudiado formación profesional, pero que se están dedicando a hacer cucuruchos para helados, y luego trabajan dos meses en un McDonald’s y después cuidando niños. Es cierto que hay una generación de padres, como la mía, que ha querido compensar todo, dar a sus hijos lo mejor y que vivieran plenamente la libertad, y que han criado hijos que se han convertido en niños sin ningún tipo de motivación. Pero no hay que olvidar que muchos chavales que se han esforzado en estudiar ahora tienen que hacer un esfuerzo tremendo para sobrevivir”.



Para Manuel de Castro, secretario general de la Federación Española de Religiosos de la Enseñanza (FERE): “El gran problema radica en que la gente no se da cuenta de que los valores se educan fundamentalmente viviéndolos. Un centro educativo no solamente educa en los valores que enuncia en un proyecto educativo, hay que ver cómo se comporta a la hora de la admisión de los alumnos, cómo es la actitud del señor que recibe en la portería o en la administración del centro, como se comportan los profesores cuando tratan a los niños, si lo hacen con justicia cuando les ponen una nota o toman una decisión y si dialogan con él, le escuchan, ven sus razones”. De Castro también señala que hay que enseñar a los niños que todos, incluso su madre o su padre, se pueden equivocar.

En relación con la enseñanza de valores el expresidente del Club de Roma, Ricardo Díez-Hochleitner, añade que “una de las características de la crisis actual es que prima el egoísmo frente a la solidaridad. Cuando mencionas el valor de la solidaridad hay muchos que te miran y dicen: “Éste es socialista”. Les parece que es una exclusiva del socialista, algo ridículo. La solidaridad es la expresión máxima de amor; es la confraternidad, el deseo de respeto al otro ser humano, el ejercicio del deber que se tiene para con los demás. Esto es lo que hace posible ejercer los tan cacareados derechos humanos”.

A la hora de enseñar un sistema de valores en la escuela, es necesario que los profesores estén en sintonía. No puede ser casualidad que, año tras año, los centros que llamen a los periódicos para relatar experiencias que están poniendo en marcha sobre educación para la paz, sobre la defensa del medio ambiente, sobre la ayuda a los chicos de barrios marginados o simplemente sobre la elaboración de una revista mensual que hacen en grupo, sean aquellos que cuentan con un equipo motivado de profesores, con una dirección activa o con una asociación de padres con mucha más participación que la media de los colegios españoles. Es decir, para educar en todo, pero en concreto para educar en valores tiene que haber un proyecto coherente y democrático detrás.



Cuando en un colegio todos los profesores hablan el mismo lenguaje, no tratan a los niños ni de tontos ni de listos, hay reglas, pero también libertad, y se escucha a los estudiantes, todo eso, aunque parezca mentira, se palpa por los pasillos en una simple visita. Los alumnos te saludan cordialmente y, si les preguntas algo delante del director o de su profesor, no le miran de reojo antes de dar su opinión. De igual modo se percibe

cuando en un colegio hay tensión, una educación estricta (que no es necesariamente sinónimo de exigente) y se hacen las cosas porque lo manda alguien; o cuando ocurre todo lo contrario, hay un ambiente permisivo en exceso, en el que se ven, por ejemplo, niños sentados de mala manera sin que nadie les diga nada. Y no es está en absoluto una distinción entre centros públicos y privados, aunque algunos tienden a pensarlo. Sí es una distinción entre centros que tienen equipos coherentes, motivados y coordinados y centros que no los tienen.

Una buena educación es mucho más que una serie de estudios y reglas plasmados en una ley, y un buen colegio es mucho más que un centro que enseña ciertos contenidos a los niños. De ahí la necesidad de que las leyes sean flexibles, para que permitan a los centros que las ejecutan (los centros) ofrecer la mejor educación posible.

Según Luis Ruiz del Árbol: “El sentirse querido es lo que ayuda a construir valores, es sentirse aceptado. Cuando esto ocurre, el chico entiende mejor todo, por ejemplo, por qué le han regañado y eso hace que su frustración no sea excesiva”.

Federico Mayor Zaragoza, con respecto a la familia, manifiesta: “Tenemos que conocer a nuestro hijo y sus posibilidades, no le pidamos nunca que nos dé frutos que no nos puede dar, porque éste es el principio de la frustración de muchos chicos, el pedirles que sigan una vía que no es la suya. Nunca los padres nos debemos meter en ese terreno. Los hijos tienen que poder hacer su propia elección”.



Igual que los valores se enseñan en la escuela de forma transversal (es decir, se introducen al hablar de determinados contenidos en las diferentes áreas), así como mediante el ejemplo, en las familias ocurre lo mismo (es decir, en medio de las comidas, a la hora de recogerlos del colegio, cuando se trata igual a las hijas que a los hijos...). A un niño se le puede insistir en que sea bueno, pero, como asegura Díez-Hochleitner, él se da cuenta de todo lo que le rodea. Y, a partir de una edad, de lo que está pasando en el mundo: de si determinadas personas se han embolsado ilegalmente no sé cuántos millones de euros, de si otras se saltan las reglas internacionales o incluso si unos determinados famosos admiten utilizar la mentira para vender exclusivas a los medios de comunicación, y, por supuesto, de si hay alguien detrás que les ofrece hacerlo. Si los niños reciben malos ejemplos, de poco sirve que su maestro les recomiende que tienen que actuar de una forma determinada. No se trata de tener con ellos un comportamiento paternalista, sino positivo y sincero.

Maite Pina, presidenta de la Confederación Española de la Asociación de Padres de Alumnos (CEAPA), manifiesta: “La autonomía personal es el valor más importante que hay que transmitir a los niños. Que sean autónomos implica muchas cosas: que sean capaces de organizarse su tiempo, que sean capaces de valerse por sí mismos, que sean capaces de organizar su tiempo, que sean capaces de acceder a aquello que les interesa

por sus propios medios... Para que los chicos sean autónomos hay que inculcarles valores, curiosidades, para que investiguen, para que en el futuro busquen sus propios recursos para informarse y para apañárselas solos en la vida”.

Manuel de Castro considera que “Lo difícil es educar para ser libre. Si tú eres el que siempre le pones un freno, cuando lo tengas que soltar, ¿qué pasa?, o cuando tú no estás delante, ¿qué ocurre? Es un equilibrio muy difícil. Pero, en definitiva, educar significa que las personas crezcan, maduren y sean responsables, pero sin que sea por tus prohibiciones, tus impedimentos. Hay que empezar desde que son pequeñitos y, cuando ocurre algo, hay que pararse a hablar con ellos y preguntarles: ¿Por qué has hecho esto?, ¿has considerado este otro aspecto, o este otro?”, de manera que vayan creciendo, razonando”.

